



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14013

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 13 DE AGOSTO DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lorente, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

DE SANIDAD

Inspecciones municipales

No estaban todavía bien determinadas las atribuciones que competen á los inspectores municipales de Sanidad, porque resultaba algo confusa la instrucción sobre este punto, pero una reciente R. O. lo ha declarado suficientemente y ahora se sabe de una manera exacta en qué casos deben intervenir dichos inspectores y cuales son aquellas atribuciones.

Faltaba todavía decidir los honorarios que percibirán en cada caso particular en que intervengan y por R. D. de 24 de Febrero último se aprobaron las tarifas que rigen desde aquella fecha y hoy para el debido cumplimiento de los conceptos 5.º y 18.º de dichas tarifas se ha dispuesto por el Ministerio de la Gobernación lo que sigue:

1.º Que la inspección de aplazamiento ó informe en el expediente de construcción ó ampliación de un cementerio particular ó Sacramental debe de practicarse y emitirse por el inspector municipal, como igualmente el de cripta ó panteones particulares.

2.º Que el reconocimiento é informe ordenado por autoridad competente en virtud de infracción comprobada del régimen sanitario en cementerio, panteón ó cripta particulares, se practiquen por el inspector provincial ó municipal, según se haya ordenado en cada caso.

3.º Que la inspección sanitaria de cada inhumación que se practique dentro de panteón, cripta particular situada fuera de cementerio, cualquiera que sea la procedencia del cadáver, se llevará á cabo en las cabezas de partido por el subdelegado en Medicina y por los inspectores municipales en los demás puntos donde no exista subdelegado.

4.º Que la asistencia al acto de la exhumación de un cadáver para su traslación, bien sea de un cementerio común á otro, ó á cripta ó panteón particular fuera del mismo, se practique por los subdelegados de Medicina, que á la vez certificarán cuando sea necesaria su presencia por las disposiciones vigentes.

5.º Que la autorización y comprobación sanitarias y certificación de un embalsamamiento se haga como está prevenido por el subdelegado de Medicina.

6.º Que el concepto 18, certificado é informe á que se refiere el párrafo 15.º del artículo 6.º del reglamento de Baños, se cumplimente por el subdelegado de Medicina del distrito donde radique el establecimiento, y que el certificado de condiciones de apertura de un balneario á fin de hacer constar si se han cumplido todos los requisitos que exige el párrafo segundo del artículo 3.º del reglamento de Baños y de la R. O. de apertura del mismo al servicio público, previos los informes del médico director y del Real Consejo de Sanidad, sea expedido por el inspector correspondiente.

Por otra R. O. del mismo ministerio se declara:

1.º Que respecto á la calificación de temporada se esté, tratándose de

espectáculos públicos en teatros, circos y plazas de toros, á lo que determinan las disposiciones sobre el particular que V. S. está encargado de aplicar; y

2.º Que cuando la licencia de esos espectáculos se solicite por la empresa que haya de darlos para una sola función, puede V. S. estimar ésta en vista de las circunstancias y costumbres de la localidad, como temporada, á los efectos del concepto 11 de la tarifa de derechos sanitarios aprobada por R. D. de 24 de Febrero último.

Notas alegres

ACTUALIDADES

La animación que por las noches existía en el paseo de la feria va desapareciendo homeopáticamente.

Terminado el compromiso que las bandas de música tenían con el Ayuntamiento, éstas, dejaron de asistir al tablado de las liras de hierro, y ya no se escuchan los pasos dobles ni los trozos de óperas y zarzuelas que interpretaban dichas agrupaciones musicales.

Ahora solamente se escucha el repiqueteo de las campanas que avisan á los niños las carreras de caballos del tío Vivo, ó las notas que nacen en los cuartetos que amenizan los pabellones, y fallecen dando volteretas por el espacio.

Aquello va languideciendo paulatinamente aun apesar que para defendernos de este horroroso calor que estamos experimentando, el muelle nos ofrece á ciertas horas de la noche un estar agradabilísimo, y mucho más ahora que ya se apagó la mitad de su alumbrado y puede ir uno más ligeramente ataviado que en aquellas noches en que por efecto de tanta luz, se conocía si llevábamos los cuellos y los puños sucios.

Los feriantes van ausentándose alegres unos por haber obtenido ganancias, y tristes otros por no haber hecho negocio.

La ley de las compensaciones! Ahora presenta aquel salón un aspecto sumamente contrario al que hace pocas noches nos ofrecía.

Antes era casi imposible dar un paso, pues la aglomeración era tal que se interrumpía el tránsito y de tantos achuchones había quien abandonaba el paseo lo mismo que una macoca.

Ahora se vé aquel salón favorecido por unas cuantas pollitas de esas que se encuentran en la edad de las ilusiones, que alegremente pasean de un lado á otro mientras las mamás y las abuelas, que también se dan casos, reposan tranquilamente en las sillas de la Misericordia por el módico precio de un perro gordo por asiento.

Aunque como digo al principio, la animación de la feria va desapareciendo homeopáticamente, no por eso, aquel pedazo de tierra robado al mar, que en esta época del año es la admiración de propios y extraños, no deja de tener en estas noches sus encantos, pues la casta Diva por un lado tendiendo sobre el mar su manto de azogue, transforma el puerto en una superficie de plata, platino ó estaño, no estoy muy fuerte en eso de metales, y por otro la fresca brisa que preñada de oxígeno, juguetea por aquel sitio, hacen que más de cuatro, sentados sobre los tablonés, sobre un saco de cemento, sobre complicados engranajes, de los que por allí existen, pesen las veladas casi en mangas de camisa ó subdividiendo en pequeños trozos una hermosa sagdía.

Es verdaderamente delicioso pasar

las primeras horas de la noche en el muelle de Alfonso XII, bien relatando los sucesos del día, ó bien comiendo torraos pasados, avellanás finas ó bebiendo un chico de limón ó manteado.

OTEMA.

Para EL ECO DE CARTAGENA

Todas...

Paseaba por el Parque con mi amigo José de la Peña, procurando distraer su pertinaz melancolía, con la hermosura de sus grandiosas alamedas y con la profusión de hermosísimas mujeres cuando á nuestro lado, pasó dirigiendo á mi amigo una mirada disimulada y temerosa, una mujer semi-divina; bajo su sombrero de plumas de avestruz, se extendía en suavísimas ondas su cabellera de oro y sus ojos de azul límpido, sombreados por sedosas pestañas dejando escapar por un brillo parecido al de un relámpago.

Con paso de ave se alejó de nosotros, dejando una estela de luz perfumada de violeta.

—¿Conoces á esa mujer?—pregunté con instintiva curiosidad de conocer á una mujer bonita.

—Pchs — contestó pa ideciendo — Nos conocimos en Venecia y ahora la vuelvo á ver después de tres años.

—¿Cómo se llama?—insistí; viendo que la conocía ó intrigado por la sombría palidez que había cubierto su semblante.

—Se llama... no importa el nombre, una mujer, como la vez hermosísima, pero bah yo se que apesar de su hermosura no tiene corazón.

—¿Quieres que nos sentemos? exclamé procurando variar la conversación pues parecía próximo á desmayarse, y casi arrastrándole lo conduje hacia un banco medio oculto en la espesura.

Un silencio de muerte nos rodeaba y los rayos del sol naciente filtrándose en ráfagas luminosas, por los copudos árboles, formaban plateados dibujos en la húmbrosa arena del jardín.

Poco á poco fué reanimándose y ya completamente dueño de sí empezó á hablarme.

—Ante todo — me interpeló — dame tu palabra de que á nadie has de de-

cir lo que voy á contarte. Yo con mi palabra, empezó.

Yo, como sabes, estudiaba pintura y había ido á la ciudad de los Duces y de San Marcos para copiar la hermosura de sus silenciosas lagunas y sus inmortales monumentos.

Presentado por un amigo en casa del Duque de C. gran aficionado al arte, y procurando vencer mi natural timidez, empecé á visitar sus salones. No sé si fui simpático á los nobles señores, el caso es que, por una rara complacencia fui incluido entre los invitados á un baile que se daba en honor de un príncipe Alemán.

II

Infinitas góndolas depositaban sus preciosas cargas á la puerta del suntuoso palacio, y una legión de criados de afeitados rostros y de magníficas libreas, despojaban á los innumerables invitados de sus ligeros abrigos.

Acompañado de mi maestro y otros jóvenes avancé hacia el estrado donde la dueña de la casa hacía los honores.

Conducido por ellos al salón de baile y nada acostumbrado á aquel bullicio y apocado con la presencia de tan ilustres personajes, fui á sentarme maquinalmente á un ángulo del salón.

La fiesta brillaba en todo su esplendor, la música con una melodía sublime invitaba á arrebatarse en los voluptuosos acordes del vals...

Al sentarme, en mi confusión, no ví á una mujer de belleza soberana, que sentada á mi lado inspeccionaba con marcada indiferencia la concurrencia del baile.

Devorándola con los ojos adiviné la belleza sublime de aquella mujer; mi pobre corazón ávido de amor latía con violencia pugnando por salirse del pecho y el perfume que despedían sus cabellos rozándose con mi cara, me empalieron al vértigo y sin pensar lo que hacía sin ser dueño de mí, rocé con mis labios los hermosos hombros de aquella mujer encantadora...

Un grito ahogado expiró en sus labios y con ademán de reina ofendida se levantó de su asiento y dirigiéndome una mirada medio de desprecio y de ironía, se alejó de aquel sitio confundiendo con la brillante concurrencia.

Pasó un mes, otro y muchos, y en mis labios aún sentía como ardiente ascua, el calor de su divina carne, y ante mi imaginación calenturienta unas veces se presentaba rendida enamorada; y otras despreciativa, irónica, mortificante...

Horas mortales pasaba todos los días ante su morada y solo una vez á través de las tapidas colgaduras de una habitación vi su esbelta figura cruzar como una sombra...

III

Un día rebozante mi alma de tristeza cogí los piúcces y empecé el cuadro, que sin terminar has visto, no había trascorrido una hora cuando un golpe en la puerta de mi estudio me hizo abandonar el trabajo, abrí la puerta y no había nadie, en el suelo un diminuto sobre llamó mi atención y al tocarlo adiviné de quien venía.

Lo rasgué con impaciencia, un perfume de violeta se esparció por el estudio, lleno de febril impaciencia leí la carta que decía:

«Le espero á las doce por la puerta del canal M...»

[Por fin! exclamé con gozo infinito; y rendido por la emoción me dejé caer en una silla...

Nos amamos con locura con frenesí, y pasaran los días y los años, como pasan á nuestra vista las golondrinas rápidas y veloces, con una rapidez de tren expreso, y mi amor, se convirtió en adoración... era el amor primero.

Yo fui su esclavo más humilde, su vasallo más leal como lo es el río del mal, la cabeza del corazón, y durante dos años fui feliz...

Y al cabo de este tiempo, cuando yo moría de amor, como mueren las mariposas al contacto con la luz; un golpe horrible, infinito sobrehumano desengañó mi corazón rompiéndole sus más sensibles fibras. Ella no me guiaba ya, y mi amigo prorrumpió en entrecortados so lozos, me abandonaba á mi furia á mi amor...

Y desde entonces todo lo veo con indiferencia, no me importa vivir, las abarrezco; á la más buena yo...

... y su boca habló en torbellino, de muerte, de desesperación y de odio...

ZEPOL.

EL ALIMENTO DE LOS DIOSES 112

pico, en que vivían, egipcias por su estilo macizo, en parte construida por monstruosos bloques de cal y en parte excavada en la roca viva de la colina, tenía una fachada de unos cien metros de altura, y por encima de ella se elevaban maravillosamente las chimeneas y ruedas, las grúas y cubiertas de los talleres. Por una ventana circular de la casa se veía claramente una gárgola, de la cual caía cierta especie de metal blanco, en bien calculadas gotas, á un reptáculo que no se llegaba y ver. A un lado y otro, en el espacio que medía entre los tres gigantes, había grandes pozos y todo el recinto estaba bien cercado y fortificado por monstruosos diques de tierra, sostenido con aceros y que sobresalía por encima de las crestas de las dunas, en la parte alta, como á través de la depresión del valle; el tren que bajaba reaprovechando desde Sevenoaks al través de su campo visual para hundirse al momento en un túnel, parecía, en virtud del contraste con ellos, un pequeño juguete automático.

—Han sacado los tablonés de su sitio por este lado de Ighitum—observó uno de los jóvenes,— y la tabla que estaba más allá del camino de Kunkholt la han adelantado dos millas ó más hacia acá.

—Es lo menor que pueden hacer—dijo el menor

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 109

biendo en la charca, y con gran serenidad los mató á todos en el acto, porque oído hablar del cerdo monstruoso de Opkham. De aquella charca salieron mosquitos terribles que tuvieron la virtud de hacer, que cansados los hijos de Coasar de sus picaduras, se dedicaran una noche de luna, en hora en que el orden y las leyes dormían pacíficamente, á desaguar la charca en el río cerca de Brook.

Por último, se olvidaron todos de los horribles monstruosos, de los insectos acuáticos y de los demás seres malignos, que siguieron viviendo y creciendo en aquel lugar escogido para casa grande con destino á la gente pequeña, que hubiera podido ser un magnífico y majestuoso edificio que hubiera tomado las nubes.

Todo esto había ocurrido durante la menor edad de los hijos del alimento, quienes al fin llegaron á ser hombres y se vieron más apasionados aun por las cadenas que los sujetaban.

A medida que pasaba el tiempo crecían los gigantes, se esparcía más el alimento y se multiplicaba lo grande, lo cual era causa de que de año en año aumentara la tensión de los átomos. El alimento no había sido al principio, más que una maravilla vedada á la mayor parte de la humanidad, pero iba apareciendo ya en el umbral de todas las puertas, amensador, gravitando sobre todos